

EL PADRE FEIJOO Y EL ARGUMENTO DEL DESIGNIO

EZEQUIEL DE OLASO

El erróneo y poco perturbado supuesto de que la ilustración fue un movimiento antirreligioso ha impedido ver durante siglos la doctrina que profesaron, entre otros, los católicos ilustrados. El más famoso de ellos en el mundo español del siglo XVIII fue el Padre Feijoo. Autores de inconcebible parentesco espiritual se inclinan con extraña unanimidad a reconocer su importancia. Y sin embargo no creo que el examen de sus ideas filosóficas haya merecido muchos desvelos. Parece, pues, conveniente dar una breve noticia de nuestro célebre e ignoto ilustrado antes de internarnos en algunas de sus ideas.

Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro nació en Galicia en 1676. A los catorce años ingresó en la orden de San Benito. En 1709, después de cursar sus estudios en Salamanca, se instala para siempre en Oviedo. Allí inicia su carrera de profesor, burocráticamente brillante, en la que se ha de frustrar durante un cuarto de siglo. En 1724 es nombrado Maestro General de la Orden. Al año siguiente Felipe V le ofrece un obispado en América, que no acepta. Elogiado en el Vaticano, varias veces traducido a varias lenguas, famoso en América, desde México a Buenos Aires, en España es sospechado de heterodoxia. Fernando VI lo nombra en 1748 consejero y de ese modo lo pone a cubierto de la Inquisición. Muere en 1764. Después de Cervantes y de Quevedo es el español más editado en el siglo XVIII acaso debido a las polémicas, dilatadas y violentas, que generó su obra. Con excepción de un volumen de discusiones y escasas piezas menores, sus obras se articulan en dos series. El *Teatro Crítico Universal* publicado entre 1726 y 1739 consta de ocho tomos cada uno de los cuales está integrado por una quincena de ensayos o "discursos". Los cinco tomos de las *Cartas Eruditas y Cúrriosas* contienen trabajos de menor aliento cuya informalidad le permitía al anciano seguir publicando sin el compromiso de ser exhaustivo y demasiado preciso. Buena parte de sus ideas y de las de sus innumera-

bles discípulos, el más famoso de los cuales es sin duda Campomanes, encuentran traducción política y social en el reinado de Carlos III. Los ilustrados españoles reconocen en él a su más claro y poderoso inspirador. Aún está por escribirse el populoso y atractivo libro que merece su gravitación en los jóvenes pueblos de América.¹

Este estudio pretende recorrer el dédalo de sus opiniones físico-teológicas en el que se cruzan, a veces indiscerniblemente, los caminos de la nueva filosofía experimental y de la teología surgida de ella.

Feijoo mantuvo siempre una actitud de escasa simpatía hacia las tradicionales pruebas de la existencia de Dios. No sólo señaló la incompetencia de Platón y Aristóteles para teologizar. Incluso las cinco vías de Santo Tomás aparecen mencionadas fugazmente en sus escritos y sólo para destacar su meritorio carácter empírico.² Adverso al racionalismo, ignora los argumentos *a priori*; sin embargo su inclinación a las pruebas sentimentales tampoco lo induce a favorecer "los melindres de la mística".³ Finalmente cuando propone una profunda reforma de los planes de la enseñanza de la metafísica, se ampara tácticamente en Santo Tomás, pero exalta una divinidad que es todo y ante la cual la criatura es nada, posición panenteísta próxima a la de Malebranche.⁴ Pese a esto creyó que había una forma legítima

¹Sobre la nueva visión del fenómeno ilustrado doy algunos datos en "El significado de la duda escéptica", *Revista Latinoamericana de Filosofía* I, 1 (marzo, 1975). Feijoo aún no ha sido estudiado en conexión con el iluminismo europeo; sólo desde esta perspectiva el mérito y la limitación de su obra se hacen plenamente inteligibles. Con respecto a su influjo en América he publicado "El Padre Feijoo y Domingo F. Sarmiento" en *Eco* (Bogotá, 1975) y "Las ideas ilustradas de Manuel José de Lavardén en el *Discurso* de 1778", incluido en el volumen colectivo *Homenaje a Noël Salomon. Ilustración española e Independencia de América* (Universidad Autónoma de Barcelona, 1979). Las obras completas de Feijoo no se reeditan desde el siglo XVIII. Se halla en preparación una edición completa de sus escritos en el "Centro de Estudios del siglo XVIII, Cátedra Feijoo", de la Universidad de Oviedo, España.

El texto de este artículo es una versión ampliada de mi comunicación "El Padre Feijoo y su prueba de la existencia de Dios" presentada en el "II Simposio sobre el Padre Feijoo y su siglo" Oviedo, 1976. Algunas ideas contenidas en él fueron ofrecidas en una conferencia en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (Brasil) en junio de 1976 y en el homenaje a Feijoo celebrado en diciembre de ese año en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) y el año siguiente en la Universidad Nacional de Tucumán (Argentina).

²Ver mi estudio "Spinoza y nosotros" en *Homenaje a Spinoza* (Buenos Aires, 1976) pp. 179-98, especialmente 192. Ver también "Lo que sobra y falta en la Física", T VII, 13, 11. Abrevio el *Teatro* con 'T' y las *Cartas* con 'C'; en romanos el tomo, en arábigos el número de discurso o carta; la última cifra remite al párrafo.

³Ver "Virtud aparente", T IV, 1, 37. Sobre los peligros de la teología mística para los no iniciados, "Ventajas del saber", C IV, 18, 38. Hasta los santos pueden ser engañados por falsas revelaciones, "Venida del Anticristo" T VII, 5, 21.

⁴Algunas indicaciones en el citado "Spinoza y nosotros", pp. 197-

de probar la existencia de Dios mediante un argumento que también fue el favorito de los filósofos más sobresalientes de su tiempo. Trataré de mostrar su amplia contextura, algunos de los supuestos en que se apoya y sólo un par de los inconvenientes lógicos que lo afligen. El discurso "Maravillas de la Naturaleza" y su epílogo, "Invektiva y demostración contra los ateos" (publicados en 1734, en el tomo sexto del *Teatro*) constituirán el objeto principal de mi examen.

I

Es sabido que Feijoo mostró una pronunciada desconfianza ante las pretendidas irrupciones de lo sobrenatural y, en especial, ante las alegaciones de milagros.⁵ Siempre sostuvo que la verdadera religión debía rechazar las opuestas tentaciones de la impiedad y la superstición.⁶ En consecuencia, afirmó que el creyente debe seguir reglas firmes y hasta profesar una ética de la creencia: los sucesos inverosímiles exigen pruebas proporcionadas a ellos y sólo debe adjudicarse un efecto a una causa sobrenatural cuando resulte totalmente imposible adscribirlo a una natural.⁷ Los milagros de Cristo y de los Apóstoles estaban en los planes de Dios,⁸ pero la milagrería y el demonismo, tan populares en la España de la época, son falsos e irreligiosos. Tan razonables ideas parecieron escandalosas. Por ejemplo, Feijoo tuvo que esforzarse para convencer a un lector de teología que aquel extraño viajero francés, de paso por Oviedo, capaz de imitar el canto de veinticuatro pájaros diferentes, no actuaba "en virtud de pacto".⁹ En el segundo tomo de las *Cartas* se queja del trato que reciben los que ponen en duda los milagros: "De herejes los tratan, o poco menos. Tan siniestro es el concepto que tienen formado de los sagrados fueros de la religión".¹⁰ Intenta, vanamente, convencer a los españoles de que son los herejes los que defienden la fe con engaños; los católicos deben denunciar las imposturas porque "Dios no necesita de nuestras mentiras".¹¹ De hecho, Feijoo explicó muchas

⁵Ver "Lámparas inextinguibles", T IV, 3, 31 y 36; ver *ibid.*, 9, 14 y también 10, *passim*. No respetaré en este estudio la pertinente distinción entre 'sobrenatural' y 'preternatural' que Feijoo ciertamente no ignora (ver "Maravillas de la Música", C I, 44, 4). Según la tosquedad metódica que me he impuesto para favorecer una primera comprensión del tema, 'sobrenatural' absorbe y anula ese distinguo.

⁶Ver "Milagros supuestos", T III, 6, *passim*; "Examen de milagros", C II, 11.

⁷Ver "Regla matemática de la fe humana", T V, 1 y "tradiciones populares", T V, 16, 101.

⁸"Cómo trata el demonio a los suyos", C III, 17, 38.

⁹"Contra la pretendida multitud de hechiceros", C III, 15, 22.

¹⁰"Milagro de Nieva", C II, 28, 8.

¹¹"Milagros supuestos", T III, 6.

anomalías, que en España se tenían por milagrosas, recurriendo a causas naturales. Las flores de San Luis del Monte, la campana y el crucifijo de Lugo son, tal vez, los casos menos olvidados.

Ahora bien, pareciera que Feijoo distribuye los eventos que ocurren en el Universo en dos grandes categorías asimétricas: la numerosa, de los hechos naturales y la diezmada de los hechos sobrenaturales. Sin embargo, este constante y osado empeño por reconocer la prioridad de las explicaciones naturales está acompañado por un especial cuidado en el establecimiento de los derechos de lo 'maravilloso'. Desde un punto de vista lógico, el concepto de lo 'maravilloso' ocupa un lugar indeterminado, tal vez indeterminable, entre lo 'natural' y lo 'milagroso'. Lo 'maravilloso' es, o parece ser, inexplicable, de un modo oscuramente similar a lo milagroso. Pero, de un modo oscuramente similar a lo natural, no es, o no parece ser, producto de una intervención sobrenatural. Este concepto monstruoso, que Gracián acariciaba sin temor, es central en "Maravillas de la Naturaleza". De su cambiante significado derivarán muchos problemas.

II

El propósito del discurso es, como dije, probar la existencia de Dios. Parece conveniente señalar desde ya que Feijoo va a adherir al llamado "argumento del designio", sucesivamente mimado, destruido y reconstruido por una larga y rica tradición europea, en especial anglosajona, que llega hasta nuestros días. Pero, a la vez, Feijoo no aceptará que se aduzcan consideraciones relativas a las causas finales, esto es, a los fines que Dios se propuso al crear las cosas y los procesos naturales. Como no se suele deslindar ambos tipos de argumentaciones, pese a que las primeras pretenden probar la existencia de Dios y las otras pretenden escrutar los fines que se propuso un Dios cuya existencia se da por supuesta, será bueno mostrar desde ya todos los puntos en que difieren. En efecto, mientras el argumento del designio pasa —no sin impureza lógica, como veremos— de la observación del orden natural a un Ordenador (esta terminología también se aclarará más adelante), el argumento de las causas finales pretende inferir, de los procesos observables, los fines que Dios se propuso y, a la inversa, de los modos de proceder dignos de un Dios (la simplicidad, sobre todo), los comportamientos y hasta las leyes de la naturaleza. Feijoo adhirió vehemente e invariablemente al argumento del designio y repudió, sin excepción (no hay que computar algunas concesiones hipotéticas en la carta "Del sistema magno")¹² todo argumento fundado en la percepción de los fines de

Dios. El antropomorfismo, propio de ese tipo de consideración, le parece ilógico: "De que yo no lo pueda comprender no se sigue que Dios no lo pueda hacer".¹³ Dios no está obligado a seguir en sus producciones "las proporciones que nosotros imaginamos"¹⁴ ni a "arreglar sus disposiciones a nuestras ideas".¹⁵ Pero además ese antropomorfismo envuelve, a su juicio, una arrogante temeridad. En efecto, "Dios, aún en el orden natural, obra como quien es; quiero decir, como infinitamente poderoso e infinitamente sabio. Temeridad blasfema será negar que un tal Artífice, aún dentro del orden natural, pueda hacer muchísimas cosas con medios e instrumentos totalmente incomprensibles a nuestra capacidad".¹⁶ En todos estos casos se parte de la hipótesis de que limitamos el poder divino como consecuencia de la limitación de nuestras facultades. Pero ¿no estaría Feijoo dispuesto a admitir que en algunos casos privilegiados de comprensión penetramos en los designios divinos? Tampoco. "Yo no veo por qué razón —dice— pudo Dios estar obligado a fabricar el Mundo según el sistema que a nosotros nos parece más cómodo. Acaso para varios designios de la Providencia que ignoramos enteramente, el sistema que nos parece más cómodo sea el más incómodo de todos".¹⁷ Pese a todo Feijoo aceptó con entusiasmo una versión extremada del argumento del designio. Veamos como expone sus razones en "Maravillas de la Naturaleza". Nos demorará un amplio resumen del texto. Después de dejar hablar a Feijoo procederé a un primer análisis.

sistema copernicano se pueden reconocer tantos propósitos divinos, por lo menos, como en el sistema tolemaico, aunque reitera que esas conjeturas pueden no tener ningún fundamento.

¹³"Corruptibilidad de los cielos", T VIII, 7, 39 y 41.

¹⁴"Simpatía y antipatía", T III, 3, 2.

¹⁵"Observaciones comunes", T V, 5. "Los designios divinos no tienen por qué responder a las conjeturas de nuestra imaginación", "Si hay otros mundos", C II, 26, 15. Las "ideas", lo que "imaginamos", "las conjeturas de nuestra imaginación", designan diversos trabajos del entendimiento cuando no está asistido y moderado por la experiencia. Pero lo que sabemos por experiencia tampoco es criterio idóneo para poner límites al poder de Dios: "son sumamente injuriosos a la Omnipotencia los que ciñen su actividad a la estrechez de sus experimentales ideas", "Corruptibilidad de los cielos" ya citado en la nota 13.

¹⁶"Demoníacos", T VIII, 6, 65. No son infrecuentes los arrebatos de humildad, ver "Paradojas políticas y morales" T VI, 1, 47 y T III, 13 *in fine*.

¹⁷"Sobre el sistema copernicano", C III, 20, 28. Es decir que Copérnico tiene razón "para nosotros", "salva las apariencias", no declara lo que las cosas son en sí. Feijoo parece prefigurar al abate Pluche, quien hablando del sistema de Copérnico dice: "Pero recuerden, señores, se los ruego, que el nuevo orden que les propongo, aunque más satisfactorio en todos los respectos, nunca es más que una simple suposición", *Le Spectacle de la Nature* (1739) VI, 468, citado por John S. Spink en su edición de la *Mémoire à Monsieur de Mably* de J.J. Rousseau, en *Oeuvres Complètes de Jean Jacques Rousseau*, edición Pléiade, (Paris, Gallimard, 1969) IV, 1264.

¹²C III, 21, 14 y 23. En efecto, estos pasajes tratan de mostrar que en el

III

En su libro sobre la adivinación por los sueños dice Aristóteles que "la naturaleza es demoníaca, no divina". Feijoo la asume en el comienzo de su discurso y la explica así:

"Son sus operaciones y efectos tan admirables, que es preciso reconocer en la actividad de sus causas un genio elevado, sublime y misterioso, que por más que vuele en su alcance el discurso, se queda siempre muy lejos de nuestra comprensión" (texto I).

y poco después agrega:

"No hay obra alguna en toda la Naturaleza, que no sea rasgo de una mano Omnipotente y de una Sabiduría infinita. Admira el Vulgo el artificio de una Muestra de Londres: incomparablemente es más delicada y sutil la fábrica de una hormiga" (texto II).

Los hombres sólo admiran lo raro, lo curioso, lo que ocurre con escasa frecuencia. Sin embargo tendrían que abandonar esa propensión y advertir que la Naturaleza nos prodiga a plena luz y constantemente fenómenos maravillosos, "demoníacos", si en este término acertamos a entender la unión de lo asombroso y lo inexplicable. Hasta los filósofos, sugiere irónicamente, se asombran de las propiedades del imán o del fenómeno de las mareas. ¿Por qué se detienen allí? ¿Por qué no admiran el movimiento de ríos y fuentes hacia el océano? Ocurre que muchos filósofos creen disponer de una respuesta: la causa de ese movimiento es la gravedad. Pero, apura Feijoo, si por gravedad se entiende una inclinación innata de las aguas al movimiento descendente, se concluye en un juego de palabras.

"Llámase grave al cuerpo que sin impulso manifiesto baja, como leve al que sin impulso manifiesto sube; y así lo mismo es preguntarte por qué tal cuerpo baja que preguntarte por qué es grave o inquirir la causa de la gravedad" (texto III).

Poco después añade una especificación preciosa:

"Los verdaderos filósofos, a quienes no alucinan las voces en la inquisición de los objetos, tienen por más difícil hallar la causa de este descenso que la del flujo y reflujo del mar. Así varios autores han explicado este fenómeno por diferentes rumbos, parte de ellos con alguna apariencia de verosimilitud; pero en orden a la causa de la gravedad todos han dado de ojos" (texto IV).

Más misterioso aún le parece el fenómeno de la atracción del hierro por el imán. El reino vegetal y, en especial, el fenómeno de la

germinación, lo asombran y atarean. ¿Cuál es la causa de que una parte de la semilla germine hacia arriba y otra hacia abajo?

"Preciso es recurrir a un agente incógnito o cualidad oculta como en el océano y en el imán; por consiguiente tan misterioso se queda aquello como esto" (texto V).

Mal que mal los filósofos modernos han arriesgado explicaciones pero los "filósofos comunes" (es decir los escolásticos) ni siquiera pueden intentarlas.

Nuevas maravillas lo atraen. En deliberada simetría verbal con la expresión que ha empleado para las "maravillosas" mareas oceánicas, pregunta por "el flujo y reflujo de la sangre" y considera la explicación mecanicista. Los sólidos, al contraerse, impelen a los líquidos; estos, con su expansión, restituyen a los sólidos a su posición anterior. Es interesante la réplica de Feijoo. Arguye que si el movimiento de la sangre dependiera de este principio, el movimiento no se conservaría.

"La razón es evidente; porque cuando dos fuerzas motrices obran alternativamente una contra otra, reciprocándose la intensión y remisión de cada una, es preciso que la una bajando, la otra subiendo, lleguen a un punto en que estén perfectamente iguales; por consiguiente, equilibradas las fuerzas, se suspenderá totalmente el movimiento" (texto VI).

Y agrega que si la explicación mecanicista fuera válida "fácil sería construir una máquina en perpetuo movimiento". Oigamos el caso de una maravilla inversa. Los vientos, al avanzar, no pierden a veces su fuerza. Esto va contra la regla general que acaba de establecer. Ahora bien aunque Descartes fracasó, al menos intentó alcanzar una explicación del fenómeno.

La minuciosa germinación lo vuelve a asombrar. Hundida la semilla en la tierra, el misterioso ovillo comienza a abrirse.

"¿Quién lo despliega? ¿El a sí mismo? Eso es quimera. Agente hay sin duda que lo hace; pero de tan difícil averiguación, y acaso más que el que mueve el hierro en la presencia del imán" (texto VII).

De todos modos, el movimiento que ejecuta el hierro hacia el imán es simple, describe una línea recta. No ocurre lo mismo con los intrincados movimientos que se producen dentro de la semilla. En efecto, requieren "un tino, una destreza incomparable" para colocar

"cada partecilla suya en el lugar correspondiente, sin romper sus delicadísimas fibras, sin confundir sus sutilísimos canales, sin enredar

aquellas, sin obstruir estotros. ¡Oh gran Dios! Degradese de racional, quien no ve claramente tu mano poderosa dirigiendo el agente creado, cualquiera que sea, para el acierto de tan sutil y delicada obra" (texto VIII).

Esta maravilla le parece más asombrosa que la atracción magnética. Apoyándose en observaciones del botánico Dodart, transmitidas por Fontenelle, examina los curiosos movimientos que realiza la bellota al brotar. La experiencia desacredita a los filósofos modernos. Los "vulgares" dirán que

"aquí interviene una atracción magnética de la tierra a la raíz, o una inclinación simpática de la raíz a la tierra" (texto IX).

No son más afortunados los modernos cuando buscan

"a tientas, entre tinieblas, un insensible mecanismo a que atribuirle, del mismo modo que le buscan para los fenómenos magnéticos" (texto X).

Pero si es ciego el agente que hace germinar las semillas

"¿No es digno de asombro ver en una causa, enteramente desnuda de conocimiento, aquel tino, aquella maña, que no cabe en toda humana industria?" (texto XI).

Las simetrías observables en las formas ínfimas de los cristales de nieve le suscitan acres burlas contra "las aéreas potestades o espíritus malignos" que antiguos y cartesianos imaginarían, y adjudica esta orfebrería a "la misma naturaleza". (Curioso y fugaz traspié ontológico. Si es "la misma naturaleza" ¿por qué imaginar constantemente una causa inteligente o, por lo menos, superior?). Repasa los cuatro elementos y se asombra ante el fuego "la mayor obra y juntamente el mayor crédito de la Omnipotencia que hay en el Orbe". Poco después insiste en destacar este atributo de Dios:

"No hay vulgo en la república de la Naturaleza. Todas sus obras tienen mucho de sublime. En todas, si se mira bien, se halla impreso el sello de la mano Omnipotente, que auténticamente califica el alto origen de donde vienen" (texto XII).

La nueva imagen del Universo propuesta por Copérnico, obliga a admitir distancias interestelares inauditamente grandes. Feijoo no menciona al descubridor del nuevo tamaño del universo, pero procede como si admitiera su teoría. Esto lo lleva a plantear un problema a los aristotélicos, zancadilla corriente en la época. Si conocemos según especies, ¿cómo nos envía una estrella su imagen desde más de cien millones de leguas? ¿Qué son esas especies visibles? ¿Son

fracciones ínfimas de materia? ¿Son efectos luminosos?

Hacia el final del discurso recuerda la intención que tuvo al escribirlo

"Mi intento sólo es descubrir lo prodigioso aún en lo más vulgarizado para que se vea que la naturaleza, en todas sus obras admirable, en todas está mostrando la mano poderosa que la rige" (texto XIII).

La última maravilla que invoca Feijoo es la infinita divisibilidad del continuo. No hay porción de materia, por pequeña que sea, que no pueda ser subdividida en innumerables partes y estas, a su vez, en otras hasta el infinito.

"Esto no cabe en tu imaginación. Tampoco en la mía. Pero por más que la imaginación resista, el entendimiento se convence en fuerza de las demostraciones matemáticas, que invenciblemente lo persuaden" (texto XIV).

El ejemplo parcial, que ilustra y corporiza esta abstracción, comunísimo en la época, es el del ojo de los seres microscópicos. Todos estos seres tienen ojos y en ellos existe

"aquella división de túnicas y humores que se requieren para la visión. Tienen nervios, venas, arterias, músculos, y todas estas partes se componen, como es preciso, de innumerables fibras. ¿Dónde vamos a parar con tan portentosa pequeñez? Parece que hemos llegado a los últimos bordes, donde el ser confina con la nada. ¡Oh! ¡Qué lejos estamos aún de las márgenes de aquel abismo! Aún resta infinito camino que andar para llegar a ellas . . . Así esta que parece maravilla deja de serlo, comparada con la infinita divisibilidad del continuo" (texto XV).

Antes de examinar el epílogo del discurso feijoniano, cuyas principales ideas creo haber extractado con meritoria omisión de comentarios, trataré de sacar a luz las raíces históricas de algunas ideas y supuestos de "Maravillas de la Naturaleza".

IV

Supongamos que este texto fuese el único que Feijoo hubiera escrito en vida o, al menos, el único que hubiera llegado a nosotros. ¿Qué juicio nos formaríamos de sus ideas? No parece aventurado asignarles una ilimitada, como elástica, ambigüedad. La cita misma de Aristóteles inicia el baile de máscaras. En efecto, Aristóteles postula a la naturaleza "demonia" como causa de ciertos fenómenos porque no puede imputarlos a Dios.¹⁸ Feijoo, en cambio, juega con la idea

¹⁸ De *divinatione per somnum*, 463b14. Ver especialmente 464a20.

para concluir poco después en lo opuesto. Pero quedémonos solamente con la idea de lo demoníaco como lo que nos asombra por lo inexplicable. Si recurrimos a la imagen tópica que existe de Feijoo tenemos que preguntarnos cómo un ilustrado, más aún, el padre de la ilustración española, insospechable partidario de la ciencia moderna, postula la incapacidad del hombre para conocer la naturaleza. Incluso si se mira con cuidado cada texto en que Feijoo declara nuestras limitaciones, pareciera innegable que procede sin resignación, hasta con alegría. Podemos, como con cualquier escrito de Feijoo, practicar una lectura mezquina, exaltando sus contradicciones sin recurrir a otros textos o eligiendo maliciosamente los menos favorables. Nada costaría mostrar que Feijoo adujo los típicos ejemplos de la atracción a distancia, no ya para advertir acerca de la parcialidad de los éxitos científicos modernos sino para robustecer su "escepticismo filosófico" fundado en el alcance limitado de nuestro conocimiento.¹⁹ Hasta podemos alegar, sin falsía, pasajes de "Maravillas de la Naturaleza" en los que descalifica no sólo la cosmología aristotélico-escolástica sino también el mecanicismo y, más aún, la explicación fundada en la gravedad, esto es, el newtonianismo.²⁰ Por otra parte el concepto de 'naturaleza' que maneja Feijoo es extremadamente ambiguo; si bien proclama las regularidades y secretas armonías del mundo natural, acentúa tanto su carácter enigmático que induce a la reverencia a costa de la ciencia. En este discurso la concepción de la Naturaleza como "demonia" constituye, me parece, una fuerte concesión a los oscurantistas, a los que se extasían con la "maravilla" y el "misterio" natural y desvalorizan las explicaciones científicas. Decía Fontenelle en sus *Entretiens sur la pluralité des mondes*: "Assez des gens ont toujours dans la tête un faux merveilleux, enveloppé d'une obscurité qu'ils respectent. Ils n'admirent la nature que parce qu'ils la croient une espèce de magie où l'on n'entend rien, et il est sûr qu'une chose est deshonorée auprès d'eux dès qu'elle peut être conçue". Pero ¿sería hacer justicia con Feijoo limitarse a proferir estos lamentos? ¿Por qué no intenta una lectura más ambiciosa tomando en

¹⁹"Escepticismo filosófico", T III, 13. Ver también "Días críticos T II, 10, 4 y 24; "Simpatía y antipatía", T III, 3, *passim*; "Vara adivinatoria y zahoríes" T III, 5, 6; "Lamparas inextinguibles" T IV, 3; "Nuevas paradojas físicas", T V, 9, 93; "El gran magisterio de la experiencia", T V, 11, 13-18, Textos de oblicua propaganda de la filosofía experimental.

²⁰En su *Mémoire à Monsieur de Mably* dirá Rousseau hacia 1740: "Nunca he podido concebir cómo un filósofo podía imaginar un sistema de física; los cartesianos me parecen ridículos cuando quieren dar razón de todos los efectos naturales mediante sus suposiciones, y los newtonianos aún más ridículos cuando dan sus suposiciones como si fueran hechos: contentémonos con saber lo que es, sin querer investigar cómo son las cosas, porque este conocimiento no está a nuestro alcance", edición citada en nota 17, pág. 30.

²¹"Premier Soir". Buena parte trabajo de Mersenne, acaso el fundador del

cuenta la obra entera de Feijoo y situándola en la filosofía de la ciencia y la teología natural de la época? No se trata, desde luego, de intentar una "justificación" de Feijoo sino de alcanzar un punto de observación más elevado que permita obtener una perspectiva más compleja y ecuánime de un problema que no es simple.

Voy a suponer que Feijoo no ha querido propagar la idea de la impotencia de nuestras facultades. Voy a suponer que admite en el hombre alguna capacidad de conocimiento y que, junto con la incognoscibilidad última de la Naturaleza, acepta cierto conocimiento de los fenómenos naturales. Dicho en forma más escolar, en lo que sigue supondré que Feijoo distingue entre conocer las *causas* de los movimientos naturales y conocer esos movimientos. Si esto es así resultaría que proclamar la incognoscibilidad última de la Naturaleza no implica ninguna renuncia a la ciencia. Sólo habría que renunciar a la ciencia física entendida al modo aristotélico-escolástico, esto es, a un saber riguroso relativo a las causas. Esa renuncia al *conocimiento* de las causas convive con la admiración por los efectos observables y lleva a aceptar la existencia *incognoscible* de una actividad superior a esas causas. En los neutros términos empleados por Feijoo, "un genio elevado, sublime y misterioso" (texto I) que es incomprensible para nuestra razón. Así se puede sospechar también la compatibilidad de ese "escepticismo limitacionista"²² con la admisión de la explicación mecanicista de los fenómenos (no de la causa de los fenómenos). Así finalmente se puede advertir por qué Feijoo es capaz de aceptar el argumento del designio y de rechazar simultáneamente toda presunta penetración en los fines que Dios se propuso, todo pretendido conocimiento de las *causas* finales de los fenómenos.

En este punto tenemos que acudir a otros textos de Feijoo en que adhiere a la filosofía experimental y subraya esa demarcación entre fenómenos y causa de los fenómenos, como prenda de una metafísica religiosa o, si se quiere, como prólogo a la teología. Los filósofos modernos experimentales, como entonces se los llamaba, "que en la realidad son los únicos verdaderos filósofos", dice Feijoo en uno de sus discursos más representativos, son indiferentes a las teorías sobre los elementos que componen el universo y al *status* que se les adjudica. "Para ellos todo es uno: las leyes experimentales del mecanismo, que son las únicas, o las últimas, adonde reducen a los

mecanicismo, consiste en barrer lo maravilloso de la Naturaleza para salvar los fenómenos milagrosos que, de otro modo, se confundirían con aquellos. En una naturaleza demoníaca el milagro es inverificable. Ver Lenoble, *Mersenne ou la Naissance du Mécanisme* (Paris, 1942) pp. 6-7, 112, 120 *et passim*.

²²Presento esta terminología en mi estudio "El significado de la duda escéptica" citado en la nota 1. Más precisiones en mi libro, próximo a aparecer en la Universidad de Carabobo, Venezuela, *Escepticismo e Ilustración*.

fenómenos, en todo sistema teórico subsisten”.²³ Aunque el mecanicismo no sea una explicación última satisfactoria, que dé razón de las causas, ni de probada generalidad —agrega en un raptó de circunspección—, por lo menos es muy superior al sistema explicativo del aristotelismo fundado en cualidades.²⁴ Esta doctrina se insinúa varias veces en nuestro discurso. Los mecanicistas pueden intentar explicaciones, pueden equivocarse; los “vulgares” enfrentan un triste dilema: o permanecen en silencio o profieren truísmos. En otras ocasiones Feijoo es más drástico y le asigna “probada generalidad” a la explicación mecanicista. La “nueva filosofía”, dice, ya “ha hallado que con el mecanismo se puede componer todo el mundo material, sin vulnerar en punto alguno la religión”.²⁵ Resulta interesante comprobar que para Feijoo la física aristotélica es en realidad una metafísica compatible con cualquier doctrina científica, e independiente de ella, estricto *pendant* del mecanicismo que es un modo de explicación científica compatible con cualquier metafísica e independiente de ella. A diferencia de la física aristotélica, la física experimental moderna no se ocupa de especulaciones sino de la obra de Dios.²⁶ Además —y este es un punto importante que nos volverá a ocupar— sólo la física experimental es idónea para decidir cuál es el alcance de las fuerzas naturales.²⁷ La física aristotélica ya no es árbitro de milagros; tampoco sirve “para conducirnos al cono-

²³“Lo que sobra y falta en la Física”, T VII, 13, 19 y 31. He aquí una definición de “física experimental”: es aquella que “prescindiendo de todo sistema, por los efectos sensibles investiga las causas; y en donde no puede investigar las causas, se contenta con el conocimiento experimental de los efectos”, “Causas del atraso. . .”, C II, 16, 19.

²⁴“Sobre la incombustibilidad del amianto”, C II, 12, 3-5. Hacia el final de su vida reconoce que su cauta prédica en favor del mecanicismo no ha tenido mucho éxito “Sobre cierta lesión en la vista de un caballero”, C III, 16, 6.

²⁵“Causas del atraso. . .”, C II, 16, 18.

²⁶*Ibid.*, C II, 16, 21: “Trajo en una ocasión a mi celda don Juan d’Elgar, excelente anatómico francés, que hoy vive en esta ciudad, el corazón de un carnero para que todos los maestros de este colegio nos enterásemos de aquella admirable fábrica. Con prolijidad inevitable nos fue mostrando, parte por parte, todas las visibles que componen aquel todo, explicando juntamente sus usos. Puedo asegurar con verdad que no sólo fue admiración, fue estupor el que produjo en todos nosotros el conocimiento que logramos de tan prodigiosa textura. ¡Cuánta variedad de instrumentos! ¡Qué delicados algunos, y juntamente qué valientes! ¡Cuánta variedad de ministerios, conspirantes todos al mismo fin! ¡Qué armonía! ¡Qué combinación tan artificiosa entre todas las partes y los usos de ellas! La muestra de Londres más delicada y de más multiforme estructura es una fábrica groserísima en comparación de esta noble entraña. Al fin todos convinimos en que no habíamos jamás visto, o contemplado, cosa que nos diese idea tan clara, tan sensible, tan viva y eficaz, del poder y sabiduría del supremo Artífice”. Ver también “Guerras filosóficas”, T II, 1, 12 y 51; “Sabiduría aparente”, T II, 8, 19; “Simpatía y antipatía”, T III, 3, 6.

²⁷“Examen de milagros”, C II, 11, 21. También puede condenar las falsas maravillas, es decir, las inobservables, “Secretos de Naturaleza”, T III, 2, 15.

cimiento, amor y veneración del último fin que el racional debe buscar en todas sus operaciones”. Al filósofo experimental, en cambio, se le aparecen alternadas las notorias operaciones de la Naturaleza con las operaciones misteriosas. Cuando la Naturaleza se oculta, Dios se revela. “Al momento mismo que el conocimiento pierde de vista a la naturaleza, con más claridad descubre la infinita sabiduría del autor de la naturaleza”.²⁸ La filosofía experimental es la más compatible con la vida religiosa porque “conduce al conocimiento de la infinita perfección del autor de la Naturaleza”. Y añade, en transparente evocación de Bacon, que “el carácter más seguro de la verdadera filosofía es darse la mano con la religión y ser como ministra y aliada suya: y es indisputable la ventaja que en esta parte goza la experimental filosofía”.²⁹

Abandonemos ya el recurso a otras obras de Feijoo y volvamos a leer “Maravillas de la Naturaleza”. La primera doctrina científica que considera es la que invoca la idea de gravedad para explicar la causa de los movimientos naturales (texto III).³⁰ Ahora bien, si alguien propuso el concepto de gravedad como clave explicativa de todos los movimientos del mundo astronómico y físico, ese fue Newton. Pero ¿cómo admitir esa crítica en un newtoniano confeso como Feijoo?³¹ Si aplicamos nuestra hipótesis de trabajo tenemos que conjeturar que Feijoo no está descalificando la explicación según la gravedad. Más bien pareciera resistirse a admitir que la gravedad sea una especie de propiedad congénita de las cosas. Habla despectivamente, en efecto, de un “agente incógnito o cualidad oculta” (texto V) mediante el cual se ofrezcan explicaciones de los movimientos sin que el mismo requiera explicación. Distingue entre la explicación de un fenómeno y el hallazgo de la causa de la gravedad (texto IV). Distingue también entre los que han procurado una explicación del fenómeno de la gravedad, y han alcanzado “alguna especie de verosimilitud”, y el

²⁸“Lo que sobra y falta en la Física”, T VII, 13, 39. “Siempre sobra mucho de prodigio que llenamos de sagrado horror”, afirma confiado en “Lo máximo en lo mínimo”, T VII, 1, 18.

²⁹“Lo que sobra y falta en la Física”, T VII, 13, 44. Ver también “sobre los sistemas filosóficos”, C II, 23, 14 y “Sobre el libro intitulado *El académico antiguo contra el escéptico moderno*”, C III, 4, 17.

³⁰Feijoo se inspira en el conocido pasaje del diálogo galileano entre Simplicio y Salviati. El primero afirma que la gravedad, como causa de que los cuerpos terrestres bajen, es “clarísima”. Salviati responde: “Estás fuera de la cuestión, Simplicio; tu dices que cualquiera sabe que se llama gravedad, y yo no te pregunto por el nombre sino por la esencia de la cosa. Sobre esta no sabes ni una pizca más de lo que sabes sobre la esencia del que mueve a las estrellas en el cielo”, *Diálogos sobre los sistemas máximos del mundo*, jornada segunda. Puede haberlo leído también en Hobbes, *Leviathan*, 46.

³¹G. Marañón, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo* (Madrid, Espasa-Calpe, 4a. edición, 1962), 39-41.

profundo misterio que envuelve a la pregunta metafísica por “la causa de la gravedad” (texto V).

Ahora bien, todo esto es típicamente newtoniano. Por de pronto Newton rechazó las causas ocultas y nunca recurrió en sus explicaciones a alguna forma disfrazada de causa oculta. Si hubiera explicado la atracción recurriendo a la gravedad entonces habría caído en la falacia de decir que los cuerpos se atraen mutuamente porque tienen el poder (la virtud, la cualidad oculta) de atraerse mutuamente.³² Pero Newton no emplea el concepto de gravedad para explicar por qué se atraen los cuerpos mutuamente, no dice nada sobre la causa. Inicialmente trató de explicar la gravedad según el mecanismo pero después profesó una actitud agnóstica: “lo que llamo atracción puede realizarse por impulsiones o por otros medios, para mí desconocidos”.³³ Toda aserción acerca de la causa de la gravedad hubiera sido equivalente a la formulación de una ‘hipótesis’ en la famosa, aunque no única, acepción peyorativa que tiene la palabra en su metodología.

No sólo Newton, también muchos de sus inmediatos seguidores, se rehusaron a considerar que la causa de la gravedad era inherente a los cuerpos o pertenecía a su esencia. De ese modo satisfacían una necesidad de índole religiosa, no sólo científica. Dice un buen conocedor del problema: “Si la causa del movimiento y el orden pudiera imputarse a la gravedad como esencia de ellos, o como una de las cualidades primarias de los cuerpos, entonces por supuesto todo el expediente en favor de una causa no mecánica del orden y el movimiento hubiera fracasado. Por lo tanto era extremadamente importante para su teología [la de Newton] como para la de todos estos teólogos del designio, poner en claro que la gravedad no es una propiedad esencial de los cuerpos. Si no se la considerara así, ¿entonces la navaja de Ockham suprime toda necesidad de Dios! La gravedad, pues, es el poder de un ser o agente superior inteligente”.³⁴

Es imprescindible, pues, asegurar que la gravedad *no* es la explicación última de la atracción porque se evita una falacia (los cuerpos se atraen porque se atraen) y se deja libre el camino a Dios. Newton repitió muchas veces que no atribuía la gravedad a los cuerpos como si fuese su propiedad íntima y esencial.³⁵ Pero siempre tropezó con

³² Leibniz fue quien acusó a Newton de recurrir a la gravedad como a una causa (o cualidad) oculta. Una buena defensa de Newton en: G.H.R. Parkinson, “Science and Metaphysics in the Leibniz-Newton Controversy”, *Studia Leibniana Supplementa*, XX (Wiesbaden, F. Steiner, 1969) II, 79 y sigts. Fontenelle formula la misma acusación cf. Voltaire, *Lettres philosophiques*, 15.

³³ *Optica*, Cuestión 31a. (Buenos Aires, Emecé Editores, 1947) 351-2; otros textos interesantes en Parkinson, artículo citado, notas 15, 25 y 39.

³⁴ Robert H. Hurlbutt III, *Hume, Newton and the Design Argument* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1965) pág. 37.

³⁵ A. Koyré, *Etudes Newtoniennes* (Paris, Gallimard, 1966) pp. 88 y 188 y

grandes dificultades para definir la gravedad o atracción universal. Quería considerarla como una fuerza real pero no física; le costaba, empero, distinguir entre fuerzas físicas y transfísicas, y entre propiedades esenciales y primordiales. Sus herederos y divulgadores (Mau-pertuis y Voltaire son ejemplos) ya no tendrán esos escrúpulos.³⁶ ¿Los tuvo Feijoo? Una digresión deformará nuevamente la marcha ya sinuosa de este estudio. Repasemos sus inflexiones principales. En “Maravillas de la Naturaleza” parecieran predominar las ansias del teólogo sobre los intereses del científico. Un examen más circunstanciado permitió comprobar que Feijoo mantiene una actitud similar a la de los newtonianos. Y, en efecto, si escrutamos severamente el discurso de Feijoo obtenemos una magra confirmación adicional de nuestra conjetura. Hay una línea de tibio homenaje a los filósofos que han alcanzado “alguna especie de verosimilitud” al explicar el fenómeno de la gravedad. ¡Menguado elogio estratégico de los newtonianos! ¿Por qué estratégico? Sabemos que Feijoo era vigilado por la Inquisición y sólo en privado confesaba sus simpatías por Newton.³⁷ Es preciso, entonces, exhibir aunque sea sumariamente, las tortuosas relaciones públicas de Feijoo con su maestro.

V

Las menciones de Newton recorren un crescendo que va desde tímidos elogios iniciales³⁸ hasta el último tomo de las *Cartas* en que Feijoo celebra sin reservas el sistema de la atracción universal.³⁹ Tal reconocimiento se manifiesta a veces fracamente.⁴⁰ Otras veces menudean las reticencias y los compromisos.⁴¹ De todos mo-

sigts. A veces, sin embargo, mostraba cierta anestesia ante el problema. Clarke tuvo que prevenirlo, y esto no es una leyenda, para que no suscribiera la versión de Cotes según la cual Newton sostenía que la gravedad era una propiedad primitiva o esencial. Cf. Koyré, *Op. cit.*, 198.

³⁶ Koyré, *Op. cit.*, 201-2.

³⁷ Cf. el texto de la carta reproducida por Marañón en el texto citado arriba en la nota 29.

³⁸ “Mapa intelectual y cotejo de naciones”, T II, 15, 36.

³⁹ C V, 1, 38.

⁴⁰ Por ejemplo en el título de la carta 21 del tomo cuarto de las *Cartas*, “Progresos del sistema filosófico de Newton, en que es incluido el astronómico de Copérnico”.

⁴¹ Newton es el que mejor “salva todas las apariencias”, “Sobre los sistemas filosóficos”, C II, 23, 24. Y véase sobre todo el final de esa misma carta: “Los elogios que en el discurso de la carta he dado al gran Newton, aunque muy por debajo de su admirable ingenio, en ninguna manera significan alguna adherencia mía a su sistema, el cual puedo yo justamente celebrar como ingeniosísimo, sin aceptarle como verdadero. Pero al mismo tiempo confieso que tampoco puedo condenarlo como falso; porque así para defenderle como para impugnarle se necesita, sobre una profundísima Geometría, una exquisita comprensión de los

dos Feijoo admite varias limitaciones en su conocimiento de la obra de Newton. Los *Principia* no han dejado huella perceptible en su pensamiento. Conoce los experimentos y las conclusiones de la *Optica*,⁴² pero admite que su trato con las obras de Newton es indirecto, a través del libro de divulgación de S'gravesande.⁴³ Por otra parte no se considera capaz de penetrar en "los laberintos del cálculo";⁴⁴ sólo un "gran filósofo y consumado matemático" sería capaz de comprender "todas las exquisitas profundidades del gran Newton".⁴⁵ Ahora bien, esta confesada incapacidad para captar el carácter matemático, no físico, de la fuerza de gravedad, me parece que lo inclina a violar el prudente y sano agnosticismo de Newton respecto de las causas. En efecto, Feijoo nos induce a pasar de la consideración de la fuerza gravitatoria a Dios, no ya en "Maravillas de la Naturaleza" sino en la citada carta "Sobre los sistemas filosóficos". Su procedimiento es, por lo menos, curioso. Primero recuerda que los cartesianos hicieron depender el movimiento "únicamente de la voluntad y acción de la primera causa" de manera que la continuación de ese movimiento estuviera de acuerdo con las leyes "que quiso establecer el mismo Autor de la Naturaleza". Entonces pregunta "por qué no podrán valerse del mismo recurso los que quieran seguir a Newton, diciendo que esa fuerza, que hace mover unos cuerpos hacia otros, es la fuerza de la Divina Mano y que esa fuerza procede según leyes".⁴⁶ Pareciera que la maniobra de Feijoo ha consistido en poner en un plano de igualdad a los dos sistemas y proceder después a su jerarquización según el mayor ajuste de las teorías a los datos de la observación y a los resultados del cálculo. Su veredicto es terminante: Newton obtiene "grandes ventajas". Ahora bien, ¿cómo pasar de ese sistema, cuya única expresión válida es meramente matemática, a Dios? Feijoo considera las varias posibilidades que abre el newtonianismo respecto de la índole de la fuerza que mueve a los cuerpos. ¿Es la atracción, la gravedad, el impulso? Optar por una cualquiera es salirse del newtonianismo ortodoxo. Feijoo opta por el impulso, es de-

cuerpos celestes, de los magnéticos, de los eléctricos, de los fermentativos y otros muchos distintos de todos estos", *Ibid.*, Escolio II, 39.

⁴²Véase, por ejemplo, "El gran magisterio de la experiencia", T V, 11, 41; "Nuevas propiedades de la luz", T V, 12, 8 y especialmente 10; "Demoníacos", T VIII, 6, 46. También para algunos detalles "Paradojas matemáticas", T III, 7, paradoja 3 y "Resuélvese una objeción", C II, 4, 2.

⁴³"Yo no tengo de Newton sino las Instituciones de su filosofía que compiló S'gravesande", "Sobre los sistemas filosóficos", C II, 23, 18 y 25. Sinceridad que le agradecemos. Voltaire tendrá que advertir que aunque muchos hablan de Newton "muy pocos lo leen porque es preciso ser muy versado para comprenderlo", *Lettres philosophiques*, 14.

⁴⁴*Ibid.*, C II, 23, 25.

⁴⁵Dedicatoria al segundo tomo de las *Cartas*.

⁴⁶"Sobre los sistemas filosóficos", C II, 23, 11.

cir, por la alternativa que propone el mecanicismo en que fugazmente se aventuró el joven Newton y del que rápidamente se retrajo. A juicio del resuelto Feijoo los newtonianos tienen que abandonar la explicación por la atracción y optar por el impulso.⁴⁷ Si obran así tendremos que reconocer, tarde o temprano, que Dios es la primera causa. Entonces, concluye airoosamente, "excusemos todo cuerpo intermedio impelente, siguiendo la regla filosófica, *frustra fit per plura, quod potest fieri per pauciora*, [es vano emplear muchos medios para lo que puede ser hecho con menos] que coincide con la otra, *non sunt multiplicandae entitates sine necessitate* [no deben multiplicarse los entes sin necesidad] y consideremos la mano del Altísimo impeliendo inmediatamente por sí misma esos cuerpos, según las leyes que estableció su voluntad y expuso al mundo Newton". Y remata con dos preguntas retóricas. Si Dios "tiene actividad sobrada para todo ¿por qué hemos de buscar otro principio?". Y respecto de la primera causa: "¿para qué hemos de caminar a ella por el rodeo, pudiendo ir por el atajo?".⁴⁸ El exterminio de toda mediación y de toda entidad parece un recurso poco aconsejable que los aforismos latinos no alcanzan a prestigiar. Toda la genial contención, el exquisito cuidado de la epistemología newtoniana son arrasados por las urgencias del teólogo. Su *Deus ex machina*, si de latinajos se trata, constituye la negación misma del espíritu científico. El propio Feijoo repitió en otra ocasión una vieja metáfora de la filosofía que es buen comentario a su maniobra: "Recurrir en los embarazos de la filosofía al extraordinario poder de la Deidad, es hacer lo que Alejandro, cortar con el acero el nudo que no puede desatar el discurso".⁴⁹

Acaso en ningún pasaje de la extensa obra de Feijoo puede verse con mayor claridad hasta qué punto su adhesión a Newton es equívoca. En la misma carta en que deliberada, y hasta valientemente, lo exalta, resulta traicionándolo. Feijoo no ha pretendido, por cierto, demostrar la existencia de Dios. Nos propone una tarea mucho más obvia. Por un lado disponemos de las leyes que Newton ha descubierto. Por otro disponemos de un Dios, especie de infinita represa ontológica, "que tiene actividad sobrada para todo". La conclusión es inaplazable: hay que conectar estas dos piezas y mostrar de una vez el funcionamiento divino del Universo. El Dios cristiano "empuja" según las leyes que ha descubierto la ciencia moderna.

⁴⁷Cf. la nota 31. Voltaire dirá molesto: "casi todos los franceses, los sabios y los otros, han repetido este reproche. Se oye decir por todas partes: 'Por qué Newton no se ha servido de la palabra *impulso*, que se entiende tan bien, más que del término *atracción*, que no se entiende'", *Lettres philosophiques*, 15.

⁴⁸"Sobre los sistemas filosóficos", C II, 23, 14.

⁴⁹"Examen filosófico", T VI, 8, 18.

El examen de la carta "Sobre los sistemas filosóficos" nos ha permitido ver, con casi intolerable nitidez, una sincera y caricaturesca cooptación de la ciencia newtoniana por la teología. Si ahora volvemos a leer "Maravillas de la Naturaleza" podemos comprobar algunos curiosos acuerdos. Por ejemplo, Feijoo comparte con Newton la concepción pregalileana de que el reposo es el estado natural de los cuerpos (texto VI).⁵⁰ Sin embargo las diferencias son enormes. Ya vimos que según el teísmo newtoniano la estructura y los procesos del mundo no pueden ser reducidos a causas mecánicas y que el orden planetario implica un agente divino.⁵¹ Pero Newton destaca enfáticamente el valor de la ciencia y sus conquistas. Feijoo, en cambio, no sólo desvaloriza las explicaciones aristotélico-escolásticas, sino también las mecanicistas (cf. texto XI) y, en su empeño por mostrar la limitación del hombre para hallar causas últimas de los fenómenos, llega a aseverar su congénita debilidad para entender los fenómenos mismos. Por eso sería inapropiado calificar a este discurso como un ejercicio de teísmo científico. Feijoo no argumenta a partir de los éxitos de la nueva ciencia sino de las limitaciones del saber metafísico y físico. Así, pues, señala como inexplicables para la ciencia algunos fenómenos que después han caído mansamente bajo sus redes. ¿Inexplicables o inexplicados? La actitud de Feijoo es en este punto oscilante. A veces es muy optimista sobre el progreso científico. "Se aprende hoy más astronomía, y más segura, en un año, que en un siglo alcanzaban veinte Astrónomos de los antiguos".⁵² Otras

⁵⁰Cf. el conocido pasaje de *Optics, Query* 31 donde Newton sostiene que la cantidad y variedad de los movimientos del mundo es continuamente decreciente y resulta necesario acudir, para su conservación, a principios activos. La materia es, pues, inerte y pasiva; por tanto su inercia inicial o movimiento, debe haber sido producida por algo activo. Parkinson no admite que sea Dios mismo el que opera esas periódicas restauraciones pero sus argumentos no bastan, me parece, para apartarse de la interpretación común; cf. el artículo citado, pp. 96 y sgts.

⁵¹Newton, como Platón en el *Timeo*, busca los más claros ejemplos de designio en el mundo astronómico. Feijoo es más sensible al mundo sublunar: "cualquier viviente es una substancia más perfecta que la de todos los cuerpos celestes", "Lo máximo en lo mínimo", T VII, 1, 20. Y hablando de una pulga exclama: "O yo soy muy rudo o este objeto descubre más eficazmente la grandeza, poder y sabiduría de Dios, que la agigantada mole no sólo de todo el globo terráqueo más aún de los Celestes Orbes" T VII, 13, 41. Cuando intervienen consideraciones de orden estético el argumento se apoya en ejemplos de miniaturas. "La mayor gala del arte es introducir en poca materia mucha forma. . . Dios también hizo brillar su poder en lo más grande, su arte en lo más chico", "Lo máximo en lo mínimo", T VII, 1, 4-5 y 12-13. Examinar esos supuestos de la argumentación de Feijoo nos llevaría a considerar los méritos de estética teológica.

⁵²"Corruptibilidad de los cielos", T VIII, 7, 32. Parece oírse a René Rapin:

veces aparece moderadamente pesimista: "no hay materia alguna tan acomodada para humillar el orgullo del espíritu humano, como las que son objeto de la Física. Dos mil años ha [. . .] que muchísimos hombres de grande ingenio cultivan con bastante aplicación esta facultad. Y en la mayor parte de este largo espacio de tiempo ¿qué se ha adelantado en ella? Muy cerca de nada".⁵³ El examen del fenómeno de la combustión espontánea lo hará exclamar, pocos años después: "¡qué atrasada va nuestra filosofía!"⁵⁴ Todo esto es ambiguo; el progreso es muy pequeño, pero existe. ¿Por qué no aceptar que una gran asociación de científicos comience a concretar el sueño de Bacon?⁵⁵ No faltan, empero, textos enérgicamente pesimistas sobre el futuro de la ciencia. Una cosa es, dice, "explicar el fenómeno filosóficamente, mostrándole comprensible dentro de la actividad de las fuerzas naturales" pero "hay dentro de la esfera de la naturaleza muchísimos efectos, cuyas causas se esconden y han escondido siempre a los mayores filósofos".⁵⁶ Debe reconocerse, sin embargo, que aún este negativo párrafo no contiene una sola oración en futuro.

Los newtonianos, en cambio, estaban tranquilamente seguros de haber descubierto las leyes físicas y matemáticas que rigen el Universo. Por eso hablan a menudo de la estructura mecánica del mundo mientras, como veremos, Feijoo prefiere referirse a fenómenos más rebeldes, los vivientes por ejemplo. Finalmente señalaré que tanto Newton como Feijoo mencionan siempre al poder de Dios como un atributo más importante que su inteligencia (textos III, VIII, XII—donde la inteligencia está sólo aludida— y XIV-XVI).⁵⁷

"on peut dire que depuis près de soixante ans, on a plus fait de nouvelles découvertes dans la Physique, par les expériences, par les observations, et par l'invention des nouveaux instruments d'Astronomie qu'on n'en avoit fait depuis plus de mille ans", *Réflexions sur la philosophie ancienne et moderne* (Paris, 1676) citado por R. H. Popkin, "The Traditionalism, Modernism and Scepticism of René Rapin", *Filosofía* XV, Suppl. fasc. 4, Nov. 1964, pág. 753. Feijoo poseía las obras de Rapin y las cita a menudo, aunque no comparte su devoción excluyente por Gassendi. Cf. T II, 1; IV, 8, 3; IV, 7, 9; VII, 12, 6; C I, 22, 5; II, 13, 14 y 41; V, 19, 13. Creo que en "Maravillas de la Naturaleza" hay muchas opiniones, especialmente sobre la limitada capacidad de nuestras facultades para penetrar en la Naturaleza, que el jesuíta hubiera suscripto sin vacilación.

⁵³"Nuevas paradojas físicas", T V, 9, 1. En la séptima paradoja exclama: "¡Oh! ¡qué lejos está la Filosofía de conocer la naturaleza!"

⁵⁴"Examen filosófico de un suceso peregrino de estos tiempos", T VIII, 8, 23.

⁵⁵"Escepticismo filosófico", T III, 13, *in fine*.

⁵⁶"Sobre una extraordinarísima inedia", C III, 18, 6-17.

⁵⁷E.A. Burt, *Los Fundamentos Metafísicos de la Ciencia Moderna* (Buenos Aires, Sudamericana, 1960) pág. 320. La metáfora de la mano de Dios, se encuentra en muchos teólogos del designio, también en Newton. Por ejemplo: "the immediate hand of the Creator" (carta a Oldenburg citada por Hurlbutt, *Op. cit.*, pág. 54). La metáfora se encuentra en Locke, *Essay* I, IV, 16 y 22 y aun en Hobbes, *Leviathan*

El análisis del newtonianismo de Feijoo confirmó la primera impresión que produce la lectura de "Maravillas de la Naturaleza": la ciencia queda supeditada y devorada por los intereses teológicos. Esto no sobreentiende que Newton haya planteado con extrema claridad las relaciones entre la ciencia del mundo y la ciencia de Dios⁵⁸ pero Feijoo ha roto ese delicado equilibrio. De todos modos esto se hace patente únicamente en una página de la carta "Sobre los sistemas filosóficos" y su obra completa consta de unas diez mil páginas. Pareciera equitativo, entonces, considerar que la excepción no es la regla y admitir que Feijoo se atrevió a ser newtoniano y habitualmente arguyó como tal aunque no destacó suficientemente el progreso de la ciencia. Esto no es contradictorio con admitir que Dios puede haber dado a las cosas fuerzas que están fuera de nuestro alcance.⁵⁹ Nuestro excursus nos ha permitido enriquecer y matizar la grosera impresión inicial. Feijoo es, con menos inconsistencia de la presumible, un religioso, a su modo escéptico, antifinalista, partidario del argumento del designio y, también a su modo, newtoniano.

En el discurso apareció un rasgo estilístico que hasta ahora no hemos estudiado: la invectiva. Recordemos sólo un pasaje: "¡Oh gran Dios! Degrádese de racional. . ." (texto VIII). Ya es momento oportuno para glosar y analizar el epílogo.

VII

Tolere el lector una larga cita de la violenta imprecación con que comienza la "Invectiva y demostración contra los ateos":

"¡Oh Grandeza, oh Poder, oh Sabiduría de aquel inefable, supremo Ente, que es vida y alma de todo! Venga ahora el insensato ciego ateo a decirnos que todas estas maravillas resultan de la concurrencia casual de los vagantes átomos o son una mera producción de la naturaleza de las cosas: delirio el primero tan craso que lo honra el que lo impugna; y el segundo, efugio, bien que confuso, tan superficial, que el primer rayo de luz descubre su futilidad".

Posterguemos la consideración de los insultos. Es curioso advertir que un apóstrofe dirigido contra el ateo es el de "ciego". Eso nos hace sospechar que hasta ahora Feijoo no cree haber estado argumentando discursivamente sino sólo señalando cosas, visibles para cualquiera. Tal vez esto explique el mecanismo que genera la frecuente indignación de los teólogos del designio. Que alguien aduzca no entender un razonamiento, es una cosa; pero que no admita que ve algo evidente para cualquiera. . .

⁵⁸ Véase, por ejemplo, el citado libro de Hurlbutt.

⁵⁹ "Influjo de la imaginación", C I, 4, 9.

Había entonces dos hipótesis que competían con la teológica para explicar el origen de las "maravillas" naturales. Una es la materialista o atomista, de venerable genealogía. Demócrito, Leucipo, Epicuro, Lucrecio modelaron esa teoría a la vez sencilla, magnífica y trágica. Feijoo la despacha rápidamente como "delirio", "absurdo" y "demencia". Ahora bien, aparte de esas cortesías ofrece, por primera vez en varias decenas de páginas, consideraciones de orden conceptual:

(1) El ajuste de medios a fines, o la multiplicidad de partes ordenadas al movimiento, en los organismos más pequeños, no son explicables por el concurso casual de los átomos.

(2) Existe analogía entre el arte y la naturaleza. ¿Por qué ha de ser obra del acaso el cuerpo de una hormiga si nunca resultó del azar una obra equiparable a las obras artísticas menos sutiles?

Enseguida recupera el tono: "Ignominia es del entendimiento del hombre que quepan en él tales quimeras".⁶⁰

La segunda hipótesis que pretende explicar el origen de las "maravillas" naturales se ramifica en tres variantes:

(3) O bien por 'Naturaleza' se entiende un ente separado y providente, al que se llama 'Dios', en cuyo caso Feijoo concuerda con tal explicación.

(4) O bien es un ente trascendente pero inanimado. Esto, para Feijoo, "es a cuanto puede llegar la extravagancia" pues es "un palpable absurdo" creer que un ente puede dar vida y entendimiento sin tenerlos, aparte de que es preciso "cegarse voluntariamente" para no ver las maravillas de la Naturaleza, efecto del Artífice;

(5) O bien por 'naturaleza' se entiende la naturaleza propia de cada cosa particular, lo que también es "absurdo" porque ¿cómo cada flor se va a formar a sí misma, desprovista como está de entendimiento?

Después de insistir, como era entonces de rigor, en la sentencia de Bacon sobre la irreligiosidad de la filosofía superficial y el poder de conversión religiosa de la filosofía profunda, Feijoo trata de analizar la actitud de un filósofo "vulgar", insensible a estas maravillas. Lo notable es que va a producir la más exacta prefiguración del argumento que años después Hume afilaría en sus *Dialogues*. El retrato profético de Hume es este:

⁶⁰ Estas "invectivas" no son infrecuentes: "Vengan ahora los bárbaros sectarios de Epicuro a decirnos que todo esto lo hizo el impulso ciego del acaso", "Lo máximo en lo mínimo", T VII, 1, 24. Cristiano ilustrado, considera que las teorías rivales son producto de la barbarie y que el teísmo es la luz de la razón a cuyo conjuro "huyen como sombras los átomos regidos del acaso, la mal entendida fuerza de la naturaleza y la imaginaria alma del mundo: quimeras que inventó una delirante filosofía para descartar como ociosa o inútil la Deidad", "Lo que sobra y falta en la Física", T VII, 13, 41.

“Páreceme que filosofa oportunamente con discurrir que para efectos naturales bastan causas naturales. Su gran raciocinio es que el efecto no pide en su causa mayor perfección que la que tiene; de aquí infiere que el hombre basta para producir otro hombre, la planta para producir otra planta”.⁶¹

Hoy concordamos casi todos con ese meditador hipotético. Feijoo, en cambio, lo considera intolerable y produce una refutación que hoy nos parece ingenuamente sofística:

“Pero yo le preguntaré a este vulgar filósofo ¿cómo puede causa alguna hacer aquello que no sabe cómo se hace? ¿Creerá por ventura que hizo una muestra perfectísima un hombre que ignoraba totalmente cómo se hacen y de qué piezas se componen las muestras? Es claro que no”.

Es difícil encontrar una exposición más precisa de la tesis general de los teólogos del designio. Cuanto más aclara Feijoo su argumento mejor muestra su debilidad. El mundo está lleno de “muestras” imperfectísimas y de causas ignorantes, especialmente en el reino vegetal y en el animal, donde Feijoo elige sus paradigmas. Acaso él mismo presiente que sus razones no son buenas pero en el afán de sustentarlas mejor las hiere de muerte. Así cuando aclara que para la generación de un animal es necesario que concorra la naturaleza de un animal. Porque esto, y nada más que esto, pide la variante (5) que es, en realidad, el verdadero naturalismo. Feijoo advierte que su demostración se queda corta y añade:

“Pero es preciso que la dirija, que la mueva, otra naturaleza superior, inteligente, de suprema sabiduría y de inmensa actividad y esa naturaleza es la que llamamos Dios”.

Y después de esta última “demostración” la postrera “invectiva”:

“Quien no lo entiende así ¿donde tiene el entendimiento?”

Más adelante analizaré algunos detalles lógicos de la argumentación. Pero no es preciso mucho análisis para advertir desde ya que Feijoo está postulando al infinito Dios a partir de realidades cuya complejidad es sólo finita.⁶² Nada cuesta volver del revés los argu-

⁶¹“If the cause be known only by the effect, we never ought to ascribe to it any qualities beyond what are precisely requisite to produce the effect”, *Enquiry Concerning Human Understanding*, 11 (1748).

⁶²Poco después de formular el célebre axioma “like effects prove like causes” Philo añadía: “as the cause ought only to be proportioned to the effect, and the effect, so far as it falls under our cognisance, is not infinite; what pretensions have we . . . to ascribe that attribute to the divine Being”. Cuando Feijoo

mentos en favor del designio divino y asumir las objeciones clásicas de Hume. Consideremos sólo las dos más famosas.

(a) El argumento establece una analogía entre las obras humanas y las divinas: así como el reloj es obra del hombre, así la complicada maquinaria de la Naturaleza tiene que tener un Autor trascendente. Pero la experiencia muestra que las obras humanas complejas son casi siempre resultado de un esfuerzo, directo o indirecto, realizado en común. Puesto que a un edificio lo construyen muchos hombres ¿por qué no se unirían varias deidades para construir el universo? El argumento de Feijoo no prueba el monoteísmo y más bien sugiere la verosimilitud del politeísmo.

(b) “El mundo es tal vez el bosquejo rudimentario de algún dios infantil, que lo abandonó a medio hacer, avergonzado de su ejecución deficiente; es obra de un dios subalterno, de quien los dioses superiores se burlan; es la confusa producción de una divinidad decrepita y jubilada, que ya se ha muerto”.⁶³ Lo que el argumento del designio puede sugerir, a lo sumo, es la operación de un demiurgo: es indiscutible su imposibilidad de probar la existencia de Dios, menos aún del Dios cristiano.⁶⁴

Pero, además, hay que hacer una objeción específica al argumento de Feijoo. Si se hace firme en la insuficiencia de las explicaciones científicas, y se limita a afirmar especulativamente que es necesario que las cosas que carecen de entendimiento sean “dirigidas”, “movidas”, por una naturaleza superior, dotada de entendimiento, entonces no hay ninguna diferencia entre ese argumento y la quinta vía de Santo Tomás. En efecto, lo que dice esta prueba es, en suma, que las cosas que no tienen conocimiento suelen actuar de un modo finalista y “tienden al fin únicamente si son dirigidas por alguien que conoce y entiende, como la flecha por el arquero”. Por lo tanto hay alguien. . . .⁶⁵ ¿Pero la quinta vía es anterior en cuatro siglos y medio a la “filosofía experimental”? Además, no parece incompatible, precisamente, con la física y metafísica aristotélicas. Entonces ¿en qué nos beneficia adherir a la filosofía experimental? Se dirá

hablaba de la infinita divisibilidad del continuo (texto XV) ¿trataba de proponer un efecto proporcionado a la infinitud de Dios? Evidentemente no; en muchos escritos Feijoo rechaza la infinitud del mundo (“Consecratio contra filósofos modernos”, T I, 13, 17 *et passim*). Sin embargo en sus últimos años adhirió a la monadología de Leibniz para salvar el problema de la infinita divisibilidad del continuo; cf. “Resolución decisiva de las dos dificultades mayores pertenecientes a la Física”, C. V. 7. 2.

⁶³*Dialogues*, V. Traducción de J.L. Borges, “El idioma analítico de John Wilkins” en *Otras Inquisiciones* (Buenos Aires, Sur, 1952) pág. 124.

⁶⁴Esto lo admiten hoy hasta los más resueltos partidarios del argumento. Cf. Thomas McPherson, *The Argument from Design* (London, MacMillan, St. Martin's Press, 1972) pág. 46.

⁶⁵*Summa Theologiae*, I, q. 2, a. 3.

que la física experimental nos deja ante problemas auténticos, nos abandona en los límites del saber probado y verificado. Sin embargo, para la argumentación metafísica de la "Invectiva y demostración" eso es irrelevante. Entre ese texto y el texto de "Maravillas de la Naturaleza" hay una cesura igual a la que media entre la observación sin teoría y la especulación sin datos.

No parece necesario llevar más lejos estas objeciones básicas. Antes de examinar otros problemas lógicos que roen el argumento será útil que nos demoremos en algunas digresiones estilísticas.

VIII

Al comienzo de la sección anterior consigné que la mezcla de "demostración" e "invectiva" era muy frecuente en los escritos de los partidarios del argumento del designio. La literatura del siglo XVIII generó un tropel de esos centauros. Podemos admitir, y hasta nos parece deseable, que una invectiva, si es irreprimible, tenga y ofrezca un fundamento razonable. Nos cuesta creer, en cambio, que una demostración coexista armoniosamente con insultos. Sin embargo así era entonces y Hume registra muy bien en los *Dialogues* esa peculiaridad. El defensor del argumento, Cleanthes, produce variados dictionarios contra Philo: sólo "metafísicos obtusos" pueden rechazar el argumento; los que son escépticos respecto de su eficacia son "cavillers" y "raillers", algo así como personas que buscan dificultades donde no las hay y atacan con burlas de baja categoría.⁶⁶ Las críticas que he ido bosquejando y las que vendrán no deben hacer pensar que considero a los teólogos del designio como un conjunto de personas extemporáneas. Sencillamente no podían sospechar que la ciencia iba a favorecer la solución naturalista, no podían prever que el darwinismo —con su doble hipótesis de la super-población y las mutaciones bajo el manto profano de la selección natural— iba a probar su capacidad para explicar fenómenos de adaptación sin recurrir al designio divino. Dados los supuestos teológicos de la metafísica, el tránsito de la observación a la especulación no sólo se les aparecía como deseable sino también como legítimo.

En "Maravillas de la Naturaleza" Feijoo despliega el espectáculo del Universo, el "teatro univeral", según la frase típica de su tiempo. 'Teorizar', como en Grecia, vuelve a ser 'mirar'. Feijoo sugiere que en el teatro de la naturaleza se ve, no muy indirectamente, la operación

⁶⁶ *Dialogues*, IV. Demea replica sorprendido: "¿Quién podría imaginar que Cleanthes, el sereno y filosófico Cleanthes, intentara refutar a sus antagonistas, poniéndoles un mote, y a la manera de los vulgares fanáticos e inquisidores del siglo, recurriera a la invectiva y a la declamación en lugar del razonamiento".

que ejecutan los invisibles dedos de Dios. Pareciera que basta con abrir los ojos y recibir información de ciertos fenómenos para que se produzca el sobrecogimiento teológico. Habla repetidamente de la función de mirar: "Contéplense todas las plantas" (párrafo No 9); "contemplemos el origen de una planta" (No. 17); "¡Oh gran Dios! Degrádese de racional quien *no ve claramente*" (No. 18). Y critica al ateo como "ciego" (texto XVI) que se "ciega voluntariamente". Abundan las recomendaciones e incitaciones a observar.⁶⁷ También lo hace el Cleanthes de Hume y, a veces, en términos similares.⁶⁸ Pero además de la analogía estilística es necesario destacar la diferencia de estructura que cada uno señala en el todo y las partes. Según Feijoo, adicto a una concepción organicista, hay "una infinidad de partes". Cleanthes, en cambio, habla, como los newtonianos, de una "infinidad de máquinas más pequeñas", es decir que insiste en la concepción mecanicista.⁶⁹ Ambos coinciden en sostener que cuando se contemplan las cosas naturales se advierte, con palabras de Feijoo, que "son rasgo de una mano Omnipotente" (párrafo No. 3) y que la Naturaleza nos "está mostrando" ese poder superior (No. 38). También Cleanthes emplea a menudo expresiones como "points to" o "speak to us". Estas minúsculas cuestiones de estilo nos dejan en la puerta del problema epistemológico. El argumento del designio ¿se legitima en una intuición sensible?

⁶⁷ Sólo excepcionalmente recurre Feijoo, como San Agustín o Fray Luis, al oído: "Clama la naturaleza la existencia del Creador con tan sonoros gritos, que parece imposible que la razón más dormida no despierte a sus voces", "Mapa intelectual y cotejo de naciones", T II, 15, parágrafo 7.

⁶⁸ Dice Feijoo: "Tiende la vista por donde quisieres. . . No sólo en cada individuo sino en cada porción suya, la más menuda que pueda percibir tu vista, hallarás un prodigio incomprendible; esto es, la infinidad de partes que la componen" (No. 39). Recordemos la famosa exclamación de Cleanthes: "Look round the world: contemplate the whole and every part of it: you will find it to be nothing but one great machine, subdivided into an infinite number of lesser machines, which admit of subdivisions, to a degree beyond what senses and faculties can trace and explain", *Dialogues*, XI.

⁶⁹ Muy pocas veces Feijoo habla del mundo en términos mecanicistas. He aquí algunos pasajes: "todo el Universo es un compuesto de artificiosísimas máquinas", "Demoníacos", T VIII, 6, 65. "Es la máquina del cuerpo animado muchos millones de veces más compuesta, y tiene muchos millones de partes incomparablemente más delicadas que el más artificioso y menudo reloj", "Carta sobre la ignorancia de las causas de las enfermedades", C I, 40, 4. Y, finalmente, este curioso pasaje: "Conozcamos que aquel Artífice Omnipotentísimo y Sapientísimo que formó esta grande máquina, juega en ella con unos instrumentos superiores a toda especulación humana. ¿No es cosa de risa, que no pudiendo muchas veces descubrir con qué artificio, con qué instrumentos algún Maquinero ingenioso da movimiento a un automato de invención suya, presumamos penetrar aquella íntima primaria disposición de la cual resultan los varios innumerables movimientos de todos los entes naturales, máquinas de incomparablemente mayor artificio, como obras de Artífice infinitamente más sabio?", "Nuevas paradojas físicas", T V, 9, 94. Aquí el orden es el inverso al argumento

La terminología anglosajona que se ha fijado tradicionalmente en torno a la argumentación resulta, en español, engañosa. Expresiones como "design argument", 'argument to design' y 'argument from design' son tornasoladas porque en inglés 'design' significa tanto 'diseño' —que puede no tener un diseñador— como 'designio' que, desde luego, implica la existencia de alguien con propósitos. Cuando 'design' equivale a 'diseño' el argumento está libre de culpa lógica, pero no prueba mucho porque se apoya en un orden que puede o no tener como causa a alguien que lo trazó. En cambio cuando 'design' significa 'designio', contrabandea su conclusión en las premisas:

(a) En el mundo existe un designio
Por lo tanto, (b) existe Alguien con un designio.

Esta es la falla incurable del argumento, la *petitio principii*.

"Maravillas de la Naturaleza" propone pasar, sin más, de (a) a (b). Su apelación y estímulo a nuestra perpleja inspección del orbe es agobiadora. Acaso porque un desarrollo apropiado de su idea implica una enumeración de todo lo que contiene el Universo. ¿Sólo —si se puede hablar así— por eso? En realidad el paso de (a) a (b) está obstruido por dificultades menos conmovibles. Paley, el clásico en estos temas, que escriben unos años después que Feijoo, creía que bastaba con sólo un buen ejemplo, como el de la estructura del ojo, para rendirse a la evidencia de que debe existir un supremo artífice.⁷⁰ Sin embargo la afanosa multiplicación de ejemplos que producen Feijoo y Paley es una confesión oblicua de su inseguridad. En efecto, puede admitirse que uno sea capaz de percibir el orden, por ejemplo esa forma del orden, típica del argumento del designio, que es el ajuste de medios a fines. Pero ¿cómo dar, justificadamente, el salto a lo trascendente? El argumento quiere ser puramente empírico, quiere partir de premisas observacionales, ahí está su innegable *charme* moderno —la observación científica es el camino de la experiencia religiosa. Pero si el argumento pretende preservar sus derechos, el propósito tiene que aparecer en la conclusión, no en las premisas. Ahora bien, ¿cómo hablar, siquiera, de 'premisas' y 'conclusión' si el orden y el propósito trascendente tienen que aparecer juntos en la observación directa? ¿Cómo hablar de inferencia si se trata de una

del designio: puesto que Dios es el creador de esta máquina universal es presunción creer que podremos conocerla íntimamente.

⁷⁰ Sobre Paley, quien jamás tomó siquiera en cuenta las objeciones de Hume, ver D.L. LeMahieu, *The Mind of William Paley* (University of Nebraska Press, Lincoln and London, 1976).

intuición? Sin embargo, la admiración, que parecía reflejo de algo intuitivo y, por lo tanto, simple, es producto de un razonamiento, de algo complejo. Mostrar que la clave del argumento no es una intuición sino un razonamiento analógico, casi nunca expreso, fue obra de Butler.⁷¹ Asediar, minar la analogía misma, es el mérito de Hume. Acaso el presentimiento de esa debilidad explique la unánime reacción iracunda de los teólogos del designio, entre ellos Feijoo: las "invectivas" aparecen justamente cuando las apelaciones a la admiración tiene que dar paso a los penosos razonamientos analógicos. Eso también explica que un argumento tan "evidente" carezca del poder de entusiasmar a los mortales y que para preservar el carácter "obvio" de la "demostración" sea necesario declarar que la humanidad es loca, extravagante o distraída.⁷²

Analícemos sólo una característica más de la prueba. El razonamiento que debemos seguir para aceptarla es el siguiente. He aquí un reloj; podemos enumerar varias de sus propiedades:

1. Existen relaciones ordenadas entre sus partes.
2. Existen relaciones propositarias (ajuste de medios a fines) entre sus partes.
3. Está hecho por un relojero.

He aquí la Naturaleza. Destacamos, de sus innumerables propiedades:

- 1'. Existen relaciones ordenadas entre sus partes.
- 2'. Existen relaciones propositarias entre sus partes. *Por lo tanto, debe tener la propiedad*
- 3'. Está hecha por un hacedor de mundos, a saber, Dios.

Ahora bien, yo veo un orden en las piezas que componen un reloj, veo que el ajuste de sus piezas responde a un propósito. Veo al reloj funcionando: veo como giran las ruedas y calzan con regularidad sus dientes en las coronas de otras ínfimas ruedas. Supongamos que, de pronto, esa marcha se interrumpe. Si yo no sé cómo funciona un reloj, no puedo saber que esa detención es una falla. La experiencia del designio sólo es asequible a quien ya tiene una compleja instrucción previa. Del mismo modo ocurre con la experiencia del designio

⁷¹ W.P. Alston, "Design Argument" en *Encyclopedia of Philosophy* (ed. Paul Edwards. New York, MacMillan, 1967) VIII, 84-8.

⁷² Pierre Bayle, tal vez el más delicado catador de argumentos que había en Europa a fines del siglo XVII, decía justicieramente a propósito de este tipo de pruebas: "vous n'oseriez nier que le peuple parmi les Chrétiens ne se forme des notions si basses et si grossières de Dieu que rien plus. Ne dites donc point que le sujet en question est si aisé, qu'il ne faut qu'ouvrir les yeux pour le connoître. Souvenez-vous que de très-grands Philosophes ont contemplé toute leur vie le Ciel et les astres, sans cesser de croire que les Dieux qu'ils reconnoissoient, n'avoient point créé le monde et ne le gouvernoient point. Les preuves de sentiment ne concluent rien", "Continuation des pensées diverses", 20, en *Oeuvres Diverses*, III, 214.

en la Naturaleza: solo postula a Dios el que sabe, por ejemplo, que Dios existe, el que ha recibido una instrucción adecuada. Por eso los buenos teólogos no cercenan el argumento del designio de la dieta teológica de los fieles, aunque le reservan un papel sólo edificante, de hermosa corroboración sentimental.

Asimismo la observación atenta, reclamada por "Maravillas de la Naturaleza", tiene que ser una observación "científica", es decir, orientada por "lo que se sabe" en la ciencia. Además, para tropezar con los límites del poder explicativo de la ciencia experimental, hay que dominar lo que esa ciencia explica válidamente. Los escolásticos, arguye Feijoo, incapaces de admitir la acción a distancia, adictos a una física errónea, perdidos en discusiones verbales, impiden que el hombre moderno alcance a palpar en las obras la mano de Dios. Pero la necesidad de poseer el saber físico de la época está sobreentendida en el discurso de Feijoo. Creo que apela erróneamente a la observación pura y simple del hombre común, fundándose en que esa ingenuidad es suficiente.

X

A lo largo de este estudio hemos tocado algunos aspectos de tres grandes problemas:

(1) Lo maravilloso, esto es, la desconexión entre algunos fenómenos naturales y el conocimiento de su legalidad.⁷³

(2) Lo milagroso, esto es, la suspensión parcial por obra de Dios de la legalidad natural.

(3) El designio, esto, es, el conocimiento de la relación entre lo maravilloso y Dios.

El carácter ambiguo de lo maravilloso⁷⁴ facilita la coexistencia de tesis incompatibles. Por un lado Feijoo sostiene que lo 'maravilloso' es operado por la misma Naturaleza. Por otro sostiene que lo 'maravilloso' es obra de Dios. Si insisto en que lo maravilloso es 'natural', debo aceptar que su carácter inexplicable es temporario o contingente: la 'maravilla' es inexplicada pero no inexplicable. Si, por el contrario, me inclino a considerar la 'maravilla' como algo no natural e inexplicable, corro el riesgo de imputar la regularidad fenoménica a una constante intervención de Dios, es decir, a un constante milagro. Y, a la inversa, impido su contraste con una garantida legali-

⁷³Para no hablar de 'conocimiento de la causa', que es muy fuerte, prefiero hablar de 'conocimiento de la legalidad natural'.

⁷⁴Queda pendiente, por cierto, un examen detallado de las innumerables cuestiones menores que plantea el concepto feijoniano de 'maravilla'. Un ejemplo: Feijoo comprende bajo el mismo rubro cosas tan dispares como el fenómeno de las mareas y la existencia misma del fuego.

dad natural sin la cual la noción de milagro carece de sentido. Feijoo quiso mostrar, y hasta demostrar, que la Naturaleza produce eventos maravillosos que la ciencia no puede explicar. A ello lo conducía su deseo de ahuyentar los milagros, adjudicando las maravillas a la Naturaleza, y, por otro lado, su deseo de mostrar que la causa de los eventos maravillosos era Dios. Pero si rehuía la conclusión de Spinoza, esto es, la identificación de la Naturaleza y de Dios y reservaba a este la trascendencia y la infinitud, entonces la debilidad del planteo es notoria. Si los eventos son naturales y carecen de explicación, parece razonable esperar que la ciencia dé razón de ellos. ¿Por qué suponer inmediatamente la existencia de Dios, la hipótesis suprema, para explicar un número (finito) de fenómenos? La apologética de Feijoo domina a la ciencia y aconseja al hombre sospechar en cada problema un misterio, a la inversa de lo que intenta la ciencia.

Antiescolástico, partidario de la filosofía experimental, Feijoo refleja en sus ambigüedades y vacilaciones la era de transición en que le tocó vivir. La teología aún pretende ser el fundamento del saber pero ya se acusan las tendencias a la autonomía del saber profano. El sentimiento no quiere prescindir del apoyo de la razón, como hará poco después con Rousseau que se burla de esa dependencia e inventa el romanticismo.⁷⁵ Su apelación a la maravilla del mundo es un intento fallido por justificar la creencia en Dios entre los amantes de la naturaleza y la dedicación a la ciencia entre los que aman a Dios.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (Argentina).

⁷⁵Ya en su respuesta a Stanislas, rey de Polonia, que había objetado su *Discours sur les sciences et les arts* (edición Pléiade III, 40). Ver también *Emile*, IV.